

*Península*  
vol. XIV, núm. 2  
JULIO-DICIEMBRE DE 2019  
pp. 77-98

## BELICE Y YUCATÁN A TRAVÉS DE LAS HISTORIAS DE VIAJES: DOS SIGLOS DE ESCENARIOS TRASLAPADOS. DIÁLOGOS A PROPÓSITO DEL VACÍO

ANA E. CERVERA MOLINA<sup>1</sup>

### RESUMEN

La península de Yucatán y el territorio que hoy conocemos como Belice son dos espacios que han sido descritos y narrados desde diferentes perspectivas, una de ellas es la de la ausencia y el vacío. En este sentido, la parte oriental de la península yucateca y el territorio norte de la joven nación beliceña se dibujaron en el discurso de los viajeros extranjeros y de los emisarios militares de la Corona española a partir de una retórica negativa en la que se apuntaba “lo que no hay”, en contraposición directa con otros escenarios en donde era visible el ejercicio del poder administrativo. En consecuencia, a pesar del gran valor geoestratégico que poseen estos territorios dentro del bloque perteneciente al Caribe continental y al Istmo centroamericano, su afirmación territorial y su particularidad como región se dieron a partir de aquello que no fue dicho o que paulatinamente fue desapareciendo del discurso de aquellos que los recorrieron con pretensiones artísticas, científicas o comerciales. El presente texto busca indagar cuáles han sido las estrategias que permitieron que este escenario, a nivel narrativo, fuera sucesivamente vaciado con la intención de ser nuevamente poseído.

Palabras clave: Península de Yucatán, Belice, paisajes, historias de viaje, vacío.

## BELIZE AND YUCATAN THROUGH TRAVEL STORIES: TWO CENTURIES OF OVERLAPPING SCENARIOS. DIALOGUES ABOUT THE EMPTINESS

<sup>1</sup> Becaria posdoctoral del Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, UNAM, aecm\_21@hotmail.com.

ABSTRACT

The Yucatan peninsula and the territory now known as Belize are two spaces that have been described and narrated from different perspectives, one of which is absence and emptiness. In this respect, the eastern part of the Yucatec peninsula and the area to the north of the young state of Belize were painted in a negative perspective by foreign travelers and military emissaries of the Spanish crown, where the “what is not there” was underlined in direct contrast to other scenarios in which the exercising of administrative power was visible. Consequently, despite the high geostrategic value of these territories within the continental Caribbean and the Central American Isthmus, their territorial unity as well as their specificity as a region grew out of what was not said or from what was gradually disappearing from the discourse of those who travelled through them with either artistic, scientific or economic motivations. The present text seeks to investigate the strategies that allowed this scenario, at the narrative level, to be successively emptied with the aim of being possessed anew.

Keywords: Yucatan Peninsula, Belize, landscapes, travel histories, emptiness.

## INTRODUCCIÓN

En los textos históricos y literarios del siglo XVII que relatan viajes por las costas yucateca y hondureña, como *Los infortunios de Alonso Ramírez*, de Carlos Sigüenza y Góngora, o en las narraciones de viajes, como *Dos viajes a Campeche*, de William Dampier, encontramos un ejercicio del acto de narrar y describir el paisaje. En ambos casos, una retórica del vaciamiento<sup>2</sup> se alza con una fuerza determinante en la voz del viajero. En ellos, la costa oriental de Yucatán que colinda con la parte norte del territorio de lo que hoy es Belice, se describe como un lugar que “No tenía árbol ni cosa alguna a cuyo abrigo pudiésemos repararnos contra el viento” (Sigüenza y Góngora 2002, 63) o se apunta que “cualquiera que fuese su finalidad en un principio, ahora se ha dejado de lado por completo, ya que no se las utiliza, no hay habitantes cerca de este lugar” (Dampier 2004, 55).

A partir del último cuarto del siglo XVII y hasta entrado el siglo XIX, antes de la Guerra de Castas (1847-1901), en este bloque geográfico en particular, el vacío, entendido como el vaciamiento simbólico de la región, fue una estrategia narrativa para abordar el espacio y la estructura que le da rostro: el paisaje. A diferencia de otros escenarios liminales<sup>3</sup> en los que describir y narrar permitieron su reconocimiento y ocupación, en esta desdeñada zona de la América septentrional, evitar<sup>4</sup> y

<sup>2</sup> Por vaciamiento se entiende la acción discursiva que denota ausencia o, en su caso, inutilidad.

<sup>3</sup> El concepto “liminalidad” fue acuñado por el sociólogo francés Arnold Van Gennep en su libro de 1909 *Les rites de passage*. Este concepto refería la separación de una posición social para incorporarse a una nueva, que ocurre durante los rituales de iniciación y los ritos de paso. Sin embargo, en 1967, Victor Turner en su libro *The Forest of Symbols* recupera este término para referir aquello que está entre lo uno y lo otro, es decir, el término se aplica para aludir los procesos de transición, aunque estos no estén ritualizados. En el presente trabajo, liminalidad se utiliza para referir la transición de un estado no reconocido a uno reconocido en donde la frontera, como espacio de enunciación, se convierte en el escenario en el cual se observan las tres características básicas de la liminalidad: ambigüedad en la comprensión del yo, invisibilidad estructural y carencia casi total de atributos sociales.

<sup>4</sup> Hans-Georg Gadamer en el tomo I de *Verdad y método* (1977) recurre al término “formación” (*Bildung*) para explicar ese algo que ocurre en los sujetos experimentados que está “muy estrechamente vinculado al concepto de cultura, y designa en primer lugar el modo específicamente humano de dar forma a las disposiciones y capacidades naturales del hombre” (Gadamer 1992, 39). En ese sentido, la memoria forma parte integral del hombre en la medida en que debe ser constantemente formada, puesto que es ella la que le otorga al concepto “formación” su carácter genuinamente histórico de “conservación” en el que nada desaparece, sino que se integra mediante tres acciones significativas: retener, olvidar y recordar (40-45). Consecuentemente, la memoria es “un rasgo esencial del ser histórico y limitado del hombre” (46) que es altamente selectivo y declarativo en su acción negativa, es decir, en lo que no hay, puesto que no es recordado. Sin embargo, siguiendo la misma lógica de la reflexión de Gadamer, “evitar” aparece de la mano del concepto de “tacto” que emplea Helmholtz, y no pertenece al orden de la memoria sino del de la percepción de las situaciones; por tanto, “evitar” no es “apartar la mirada de algo, sino atender a ello en forma tal que no se choque [...] sino que se pueda pasar al lado” (46). Bajo esta lógica, “evitar” constituye una acción política de carácter negativo basada en la percepción del contexto, en la que no nombrar no declara una ausencia sino un desvanecimiento intencional.

olvidar<sup>5</sup> se establecieron como acciones cognitivas que permitieron la existencia de dos siglos de vacíos, a través de un ejercicio discursivo en el que constantemente las cosas dejaban de existir. En este sentido, será hasta la configuración del viajero como un sujeto formado<sup>6</sup> en términos científicos, ocurrida a lo largo del siglo XIX, que lo vaciado del territorio empezaría a tener consistencia, claro, justo en el momento en que la producción intencional del espacio en blanco dejó de ser relevante en la cartografía ante el dibujo organizado de la frontera-frente<sup>7</sup> y el surgimiento del ideal de Nación. De esta forma los viajeros, durante los dos

<sup>5</sup> “Olvidar” es una de las tres acciones significativas que configuran la memoria. Según Gadamer, el olvido “no es solo omisión y defecto sino, como ha destacado sobre todo Fr. Nietzsche, una condición de la vida del espíritu. Solo por el olvido obtiene el espíritu la posibilidad de su total renovación, la capacidad de verlo todo con ojos nuevos, de manera que lo que es de antiguo familiar se funda con lo recién percibido en una unidad de muchos estratos” (Gadamer 1992, 46). Por tanto, el olvido es una acción renovadora del contexto, su acción negativa constituye una posibilidad de reformulación en la medida que declara ausencia potencialmente superable.

<sup>6</sup> Por sujeto formado se entiende aquí lo que Humboldt refiere al decir que cuando “en nuestra lengua decimos ‘formación’ nos referimos a algo más elevado y más interior, al modo de percibir que procede del conocimiento y del sentimiento de toda la vida espiritual y ética y se derrama armoniosamente sobre la sensibilidad y el carácter” (Gadamer 1992, 39). En ese sentido, formación no es igual a cultura, sino que refiere un desarrollo integral de capacidades y talentos en los que la formación práctica establece un distanciamiento respecto a la inmediatez del deseo, de lo personal y del interés privado, que se traduce en una atribución a una generalidad que es tomada como válida (42).

<sup>7</sup> En 1920 Frederick J. Turner publicó “The Significance of the Frontier in American History”, un texto que se ha vuelto referente para los estudios de frontera al teorizar sobre dicho concepto y mostrar su influencia en el devenir histórico de los países, en especial, de Norteamérica. Uno de los grandes aportes de Turner es concebir la frontera como “el borde exterior de la ola, el punto de contacto entre la barbarie y la civilización”, que “se encuentra en el margen más cercano de las tierras abiertas a la expansión” (Turner 1987, 188). Para él, la frontera es un frente abierto que se mueve sobre el oeste al ser empujado por la fuerza de la colonización metropolitana. Contrario a la postura de Turner, Igor Kopytoff, en su texto de 1987 *The African Frontier: The Reproduction of Traditional African Societies*, concibe la frontera no sólo como un frente sobre el cual la metrópoli se expande, sino como un escenario políticamente abierto de carácter intersticial, que permite la aparición de nuevas formaciones sociales y políticas que, de ser exitosas, se convertirán en dominantes en la región (Kopytoff 1987, 8-12). Estas dos perspectivas combinan las tres dimensiones espaciales de racionalidad de la frontera: 1) como proyecto ideológico de la metrópoli (espacio ideal), 2) como lugar en donde el poder es territorializado (espacio continente), y 3) como un espacio particular de la configuración del desorden y la violencia (espacio político), pero varían sustancialmente en la forma en que los sujetos enfrentan los tres registros de la racionalidad espacial. Para el caso de México, es Jan de Vos quien, en su extenso trabajo sobre la frontera sur de México y Centroamérica, puntualiza que “los hablantes del inglés disponen de dos vocablos para captar el fenómeno fronterizo: *border* y *frontier*. El primero indica una barrera estrecha, permanente, estática, definida; es la frontera-límite, la raya que divide, por ejemplo, los territorios de dos municipios, provincias, países. La segunda palabra, en cambio, refiere a una barrera móvil, dinámica, indefinida; es la frontera-frente, el sector en donde un sistema en expansión se ‘enfrenta’ a un espacio que previamente ha declarado como vacío, y gracias a esa declaración considera como apto y útil para ser invadido, integrado y aprovechado por y para él mismo” (Vos 2002, 50). En su trabajo, el historiador belga no omite la influencia de Turner en su concepción de la frontera sur, pero apunta más al carácter intersticial que refiere Kopytoff al declarar que la tendencia a reducir la región fronteriza a la influencia de un solo país impone serios problemas a las interpretaciones históricas de los territorios (56).

siglos que nos competen (desde el último cuarto del siglo XVII hasta la primera mitad del XIX), parecieron moverse en cuatro esferas articuladas: la política-diplomática, la económica, la científica y la artística. En cuanto al paisaje, en el siglo XIX la esfera político-diplomática se mostró más ligada a la artística, en especial a la literaria, a través de una serie de escenarios y lugares de acción que fueron constantemente evocados por diversos agentes, sin gran variación en el tono narrativo desde el siglo anterior (siglo XVIII), mientras que en la esfera económica el discurso científico primó con gran fuerza sobre otros, ya que se vinculó estrechamente con el aprovechamiento de las materias primas y con el reconocimiento y extracción de los recursos naturales propios de la zona.

Para una mejor comprensión, el presente trabajo se divide en dos apartados. El primero ofrece un recuento general de los viajeros de diversas índoles que recorrieron la península de Yucatán y Belice, así como de sus tipos de narraciones y el estado actual del estudio de su obra, agrupándolos en las cuatro esferas arriba mencionadas, con la finalidad de ofrecer un panorama amplio de los sujetos que recorrieron el área. El segundo apartado aborda el paisaje y el vacío a partir de una visión particular de su concepción práctica e ideológica durante los siglos XVIII y XIX, mediante el análisis de dos acciones cognitivas: evitar y olvidar; para ello se apuntan las permanencias y cambios en los modos de aprehensión geográfica que caracterizaron ambos siglos.

Vale la pena aclarar que en la presente reflexión se abordan dos tipos de materiales: los relatos, en su mayoría provenientes de los terrenos político y literario, dejando ligeramente de lado con ello los textos científicos que se multiplicaron durante la segunda mitad del siglo XIX —ya que la mayoría de estas obras se encuentran en estudio a través de sendos y comprometidos proyectos que buscan su traducción, estudio y difusión—, y la cartografía producida en la época, la cual tuvo dos funciones: 1) trasladar a la imagen las ausencias o carencias reflejadas en los paisajes narrados en cuanto su traducción como espacios en blanco (evitar), y 2) fijar los alcances de los acuerdos políticos que se signaron a su propósito con la intención de resguardar la soberanía española en la zona (retener).<sup>8</sup> La idea de que este trabajo reúna estos dos tipos de fuentes no es un mero capricho de quien lo elabora, ya que durante su producción original en los siglos XVIII y XIX muchas de estas narraciones fueron acompañadas por mapas, planos e ilustraciones, reales o falsos calcos de topografías imaginarias.

#### RECUENTO PANORÁMICO DE LOS VIAJEROS POR YUCATÁN. SIGLOS XVIII Y XIX

A principios del siglo XVIII, España atravesaba una profunda crisis administrativa: su más preciada posesión de ultramar, Nueva España, producía grandes cantidades

<sup>8</sup> “Retener” se bosqueja como la acción constitutiva de la memoria que es contraria al “olvidar”, pero su rango de influencia es mucho más ambiguo pues está íntimamente relacionado con el recuerdo, el cual está mediatizado por el acto selectivo de la formación del sujeto.

de dinero y riquezas, pero ni el Rey ni sus administradores podían realmente dar cuenta de ello debido a una mala e inefficiente cadena de mando precedida por hombres poco aptos como ministros. En palabras de Pedro Pérez Herrero, citado por Josefina Zoraída Vázquez, “el siglo XVII fue más pobre para la madre patria, pero más rico para los novohispanos, y el siglo XVIII más rico para España, pero más pobre para la Nueva” (Vázquez 1992, 15). Es por esto que una modernización en el sistema de recaudación de impuestos y de control fiscal y territorial fue impuesta por Carlos III. Al conjunto de estas modernizaciones se le conoce como Reformas Borbónicas, las cuales tuvieron gran éxito hasta que la Guerra de los Siete Años (1756-1763) ralentizó el flujo de bienes y mercancías, gracias a que la ofensiva inglesa había atacado dos de los puertos de paso más importantes para el Galeón de Manila: La Habana y Filipinas. A partir de entonces, la implementación total de estas reformas hechas sobre las estructuras de gobierno virreinal se aceleró, puesto que había que recuperar el control de todas las posesiones americanas (Vázquez 1992, 17). Fue tal el efecto de esta nueva administración que sentó las bases intelectuales y científicas de lo que se conoce como el racionalismo ilustrado.<sup>9</sup>

En este contexto histórico dos elementos fueron de vital importancia para Carlos III: la revitalización del comercio marítimo y el control del espacio costero. Para estos fines, las expediciones fueron pieza clave para entender las costas pues tenían un objetivo militar inmediato y un fortalecimiento geopolítico a mediano plazo (Fuentes Crispín 2013, 46), lo que explica el aumento en el número de expedicionarios oficiales hacia América durante la segunda mitad del siglo XVIII; no obstante, en el caso de las costas de Yucatán y la bahía de Honduras la situación no fue la misma, ya que en este periodo se hizo patente un descenso en el número de viajeros que dejaron evidencia escrita de su derrotero por Yucatán y parte de la América Septentrional con respecto al siglo anterior. Este número se quintuplicó durante la segunda mitad del siglo XIX, diversificándose el lugar de procedencia, así como la actividad a la que se dedicaban. En este sentido, José N. Iturriaga registra siete personajes, en su mayoría españoles, que recorrieron Yucatán durante el siglo XVII: Gerónimo de Mendieta, Juan de Torquemada, Antonio Vázquez de Espinosa, García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra y marqués de Sobroso; Antonio Sebastián de Toledo, marqués de Mancera; William Dampier y Juan de Ortega y Montañez (Iturriaga 2013, 41-55), dejando de lado las narraciones sobre el periodo heroico de la piratería en el que despuntaron Alexandre Olivier Exquemelin<sup>10</sup> (1678) y Lionel Wafer (1695), lo cual nos obliga

<sup>9</sup> Para una comprensión más amplia del surgimiento de la ilustración y su efecto en la política europea ver: Franco Venturi, *Ilustración y reformas en el siglo XVIII* (tomas I y II. México: Instituto Mora, 2007).

<sup>10</sup> Para más detalles de los aportes de este personaje ver: Adrián Curiel Rivera, “Viajes del pirata Dampier a Campeche”, en *Viajeros por el mundo maya*, editado por Carolina Depetrí (Mérida: UNAM, 2015), 9-19, y Nara Fuentes Crispín, *Periplos ilustrados, piratas y ladrones en el Caribe colonial* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá, 2013).

a suponer que durante este periodo el número de viajeros pudo ser levemente mayor a lo señalado por Iturriaga, pero también es importante reconocer que estos viajeros tendrían que agruparse en otro escenario: el del pirata literario o del viajero pirata<sup>11</sup> (Fuentes Crispín 2013, 65-77), así como que el paso de estos personajes por la península de Yucatán y la bahía de Honduras fue somero, al considerarse este tramo el límite oeste del Mar de las Antillas. Por su parte, en el siglo XVIII, el mismo Iturriaga enlista sólo cinco nombres: dos de origen español (Juan de Villagutierre y Miguel de la Grúa de Talamanca y Branciforte, marqués de Branciforte) y tres de origen americano (Francisco de Florencia, Juan Antonio de Oviedo y Antonio de Alcedo) (59-70). En este apartado, el ya referido autor no menciona los recorridos de carácter interno que realizaron los gobernadores de Yucatán, como el caso de la *Descripción, población y censo de la Provincia de Yucatán en Nueva España de 1795*,<sup>12</sup> de Arturo O'Neill de Tyrone y O'Kelly, gobernador de Yucatán de 1793 a 1800, nacido en Irlanda aunque naturalizado español (Zavala Vallado *et al.* 1998, 422-423), texto que fue resultado de las muchas descripciones que se empezaron a hacer sobre este bloque americano por mandato de la Real Ordenanza de Intendentes de 1786; tampoco menciona los diarios de inspección de la milicia española a los territorios del Walix después de la Convención de Londres del mismo año (1786), aunque estos escritos también fueron herencia del reformismo borbónico, como es el caso del texto que elaboró el marqués de Branciforte, virrey de Nueva España de 1794 a 1798, elemento que sí es citado por Iturriaga. Esta exclusión probablemente se deba a que el criterio de selección de autores que utilizó Iturriaga sólo reconoció a aquellos que no tuvieron residencia permanente en la península yucateca y que únicamente fungían como observadores externos del Istmo centroamericano, los cuales escribían con la encomienda de “dar cuenta” de lo declarado por las autoridades locales, sobre todo después de la definición diplomática y territorial de los límites asignados a los cortadores de palo de tinte arranchados en el Walix durante el último tercio del siglo XVIII. Sin embargo, también es de extrañar en esta selección que no se considere la contraparte inglesa, como es el caso del trabajo oficial —hecho a petición de Sir. William Burnaby— del lugarteniente

<sup>11</sup> Como parte del primer cuatrimestre de trabajo dentro del proyecto posdoctoral “Escenarios traslapados: viajeros por la península de Yucatán y Belice. 2 siglos de diálogo desde el vacío” se elaboró el texto “El bucanero reformado como creador de geografías: espacio y territorio en la costa peninsular yucateca”, que espera su publicación en la revista *Historia Caribe*, después de un dictamen positivo. En dicho texto se explora la figura del viajero pirata y su contribución a la concepción científica del viaje.

<sup>12</sup> A pesar de ser Arturo O'Neill de Tyrone y O'Kelly, un personaje importante en la historia de la demarcación de la frontera actual de México con Belice, su obra no fue impresa y aún espera ser rescatada y estudiada. Según la enciclopedia *Yucatán en el Tiempo*, coordinada por el historiador Silvio Zavala, se sabe que una copia del texto original se encuentra en el tomo 34 de *Providencias y discursos*, en la biblioteca de la Catedral de México en donde Beristáin asegura haberla visto (1998, 423).

James Cook, *Remarks on a Passage from the River Balise: In the Bay of Honduras, to Merida: The Capital of the Province of Jucatan in the Spanish West Indies*, de 1769, el cual evidencia la tensión existente entre la lógica de apropiación y control territorial borbónica, focalizada en el ejercicio de la soberanía española sobre el territorio, y el tratamiento político de los considerados “trashumantes, huidizos y caminantes legales e ilegales” (Fuentes Crispín 2013, 22). En este trabajo se describe un viaje que generó gran controversia dentro de la sociedad yucateca en tiempos de la administración de Felipe Ramírez de Estenoz, gobernador de Yucatán durante 1763 y 1764, ya que dicho gobernador permitió que una avanzada de reconocimiento oficial inglesa se adentrara en territorio español hasta llegar a la ciudadela de la ciudad de Mérida, espacio del que Cook ofrece una descripción bastante precisa (Cook 1769, 22-23) que puede contrastarse a detalle con el mapa de 1751 del cartógrafo Alejandro Joseph de Guelle titulado “Plano de la Ciudadela de Mérida de Yucatán”, resguardado en el Archivo General del Indias (AGI, MP-MEXICO, 196). Esta ausencia es particularmente sintomática del siglo XVIII, ya que para el XVII, el trabajo de Dampier sí es ampliamente incorporado y reconocido dentro de los estudios del área, a pesar de no haber tenido una carga oficial como la que tuvo el de Cook.

Por otra parte, la disminución de viajeros que dejaran evidencia de su recorrido por la zona que nos compete resulta significativa entre los siglos XVII y el XVIII, ya que atestigua el asentamiento de la población flotante de marinos y bucaneros en las costas del Caribe continental, por un lado, y su lento proceso de afirmación territorial en el mismo escenario, por el otro (Cervera Molina 2015, 32-36). Este último proceso resultó un asunto político de carácter mucho más doméstico que el primero, lo que lo llevó a perder protagonismo descriptivo fuera del escenario diplomático de la defensa de las fronteras territoriales en el sureste novohispano. En este sentido, la escasez de narraciones científicas o literarias sobre el bloque costero comprendido entre Bacalar, al noroeste, y el Golfo de Omoa, antes de la Costa de Mosquitos, al sureste, denota la ausencia de un protagonismo descriptivo de la región que parece alimentarse de una retórica que utiliza la retención del vacío en el espacio ideal para invisibilizar un escenario político que pretende ser “evitado”, ya que sólo se le dibuja en la cartografía relativa a la zona como un bloque geográfico de carácter intermedio que conecta dos escenarios semiurbanizados: el pueblo de San Felipe de Bacalar y el de San Fernando de Omoa. Sin embargo, al mismo tiempo que este bloque costero perdió relevancia descriptiva en las esferas científica, artística y económica en el siglo XVIII, adquirió fuerza, en especial a través de la cartografía, en el terreno de la esfera político-diplomática en la que el valor geoestratégico de la zona se disputó en términos de retención del ejercicio de la soberanía española, por un lado, y el otorgamiento de concesiones a extranjeros para la explotación forestal, por el otro. En el dibujo de las costas vacías, propio de la cartografía político-diplomática y militar de la época, también se dejó en el olvido al componente indígena,

el cual se disolvió en el paisaje narrado durante la primera mitad del siglo XVIII, para ser redescubierto —con gran asombro e inquietud científica— durante el siglo XIX.

Con respecto al siglo XIX, según autores como el mismo Iturriaga y Lorena Careaga, el número de viajeros aumentó exponencialmente, sobre todo hacia la segunda mitad. Y si bien antes podíamos hablar de diferentes tipos de viajeros que se dividían entre los piratas literarios del XVII y los de corte administrativo que reproducían una y otra vez la agenda especificada en las ordenanzas reales, logrando su mayor cúspide administrativa con el primer impacto de las reformas borbónicas a finales del siglo XVIII, los del siglo XIX se plantean como diversos en muchos escenarios: nacionalidad, profesión, y tipología de la narración. Así, de los 27 que apunta Iturriaga y a los que Careaga complementa y divide en invasores, exploradores, anticuarios, naturalistas, artistas y viajeros (Careaga Viliesid 2016, 41-91), tenemos un gran abanico de figuras entre las que despuntan personalidades político-diplomáticas como: Félix Berenguer de Marquina (*Relación a su sucesor don José de Iturrigaray*), Henry George Ward (*Méjico en 1827*), James K. Polk<sup>13</sup> (*Diario 1845-1849*), Jean Alexis de Gabriac (*Informes diplomáticos de 1855*), A. de la Londe (*Memorias del 25 de enero de 1857*), Elias F. Forey (*Informe militar*), Alphonse Dubois de Saligny (*Informes diplomáticos de 1863*), Marqués de Montholon (*Informes diplomáticos de 1864-1865*), Alphonse Dano (*Informes diplomáticos*), la princesa María Carlota Amelia Victoria Clementina Leopoldina (*Escritos mexicanos*), Maximiliano de Habsburgo (*Cartas a Carlota*), François Achille Bazaine (*Informe político al ministro de Guerra*), entre otros. A este apartado de figuras y discursos políticos sobre Yucatán y la costa de Honduras habría que anexarle un importante texto que se encuentra en resguardo en el Fondo Reservado Rodolfo Ruz Menéndez del CEPHCIS-UNAM: *Yucatán y Belice: Colección de Documentos Importantes Que Se Refiere Al Tratado de 8 de Julio de 1893*, de autores varios. En cuanto a figuras científicas que recorrieron la Península,<sup>14</sup> el panorama es grande y está fuertemente ligado a la esfera de acción económica del bloque protonegracional. Entre ellas se puede ubicar como punto de partida y referencia obligada

<sup>13</sup> En el rubro de los viajeros político-diplomáticos vale la pena hacer la distinción entre los que viajaron a Yucatán y los que escribieron de la zona sin haber realizado el viaje. En este sentido, el *Diario* del presidente norteamericano James K. Polk, corresponde al segundo caso, ya que su interés siempre estuvo en California y Texas, siendo Yucatán un apunte marginal.

<sup>14</sup> Desde hace más de una década, el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales ha construido y consolidado la línea de investigación Literatura de viajes; de ella se ha desprendido la serie editorial Viajeros, la cual tiene como objetivo editar o reeditar testimonios de quienes transitaron por el área maya entre los siglos XVI y XX. En esta serie se ofrece un amplio campo para la reflexión teórica sobre el tema de los viajes y los periplos. Para este propósito, la serie se divide en dos colecciones: Sextante, enfocada al análisis y discusión teórica de los testimonios de viajes, y Osa Menor, dedicada a publicar testimonios de los viajeros que han recorrido el área maya. De 2007 a 2018, la serie ha publicado once libros, divididos entre las dos colecciones, y uno más espera su pronta impresión.

al ya famoso viajero y científico alemán Alexander von Humboldt (*Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*), el arqueólogo de doble nacionalidad, austriaca y francesa, Frédéric Waldeck<sup>15</sup> (*Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán*), el científico alemán Eduard Mühlenpfordt (*Ensayo de una fiel descripción de la República de México*), el arqueólogo norteamericano John L. Stephens (*Viajes a Yucatán*), el norteamericano Benjamin Moore Norman (*Rambles in Yucatán*), el naturalista francés Arthur Morelet<sup>16</sup> (*Viaje a América Central, isla de Cuba y Yucatán*), el naturalista austriaco Carl Bartholomaeus Heller (*Viajes por México en los años 1845-1848*), el arqueólogo francés Désiré Charnay (*Ciudades y ruinas americanas*), el geógrafo francés Eugène Cortambert (*Curso de Geografía*), el viajero italiano Ludovic Chambon (*Un gascón en México*), el antropólogo norteamericano Frederick Starr (*En el México indio*), y el médico y diplomático francés Alfred-Isidore Méroux de Valois (*Mexique, Havane et Guatémala. Notes de voyage*).<sup>17</sup> Aunque en menor número, también los artistas y escritores extranjeros recorrieron la vasta costa yucateca, entre ellos podemos mencionar a la fotógrafa inglesa Alice Dixon le Plongeon (*Aquí y allá en Yucatán*), el arquitecto inglés Frederick Catherwood<sup>18</sup> (*Views of Ancient monuments in Central América, Chiapas and Yucatán*) —cuyo trabajo visual, conformado de 25 litografías, va íntimamente relacionado con el de Stephens—; al intelectual revolucionario cubano José Martí (*Palabras sobre Mérida*), y al novelista italiano Emilio Salgari (*La capitana del “Yucatán”* y *La reina de los Caribes*), entre otros.<sup>19</sup>

<sup>15</sup> Carolina Depetris ha dedicado varios textos al estudio de la obra de Waldeck. Para más detalles ver: Carolina Depetris, *El héroe involuntario: Frédéric de Waldeck y su viaje a Yucatán* (Mérida: CEPHCIS-UNAM, 2014. Serie viajeros, colección Sextante, núm. 4).

<sup>16</sup> Dentro de la colección Osa Menor del CEPHCIS-UNAM se ha publicado parte de la obra traducida de Morelet. El tomo 1, editado por Carolina Depetris con estudios introductorios de Arturo Taracena Arriola y Mario Humberto Ruz, fue publicado en 2015. El tomo 2, con edición y estudios introductorios de Carolina Depetris y Rosa Torras Conangla, fue publicado en 2018. Ver: Arthur Morelet, *Viaje a América Central, Isla de Cuba y Yucatán*, tomos 1 y 2 (Mérida: CEPHCIS, UNAM. Serie Viajeros, colección Osa Menor, núms. 4 y 5).

<sup>17</sup> La traducción de esta célebre obra estuvo a cargo, dentro de la serie Viajeros del CEPHCIS-UNAM, de Antonio Casas y contó con prólogo, revisión y anotaciones de Arturo Taracena Arriola. Ver: Alfred de Valois, *México, Habana y Guatemala. Notas de viaje* (Mérida: CEPHCIS-UNAM, 2015. Serie Viajeros, colección Osa Menor, núm. 3). Otro texto de Valois, que también fue publicado dentro de la colección Osa Menor, se trata de la traducción hecha por Abdiel Macías, con prólogo, revisión y notas de Arturo Taracena Arriola, de *Henri le chancelier....* Ver: Alfred de Valois, *Henri el canciller: recuerdos de un viaje a América Central* (Mérida: CEPHCIS-UNAM, 2012. Serie Viajeros, colección Osa Menor, núm. 3).

<sup>18</sup> Fuera de la Serie Viajeros del CEPHCIS-UNAM, también existen diversos textos producidos en la misma institución que han abordado para su estudio el material generado por los viajeros y tras-humanentes por el área maya. Para el caso del trabajo de Stephens y Catherwood, en específico para el entendimiento del material gráfico que generaron durante su recorrido, ver: Adam T Sellen, y Lynneth S. Lowe, *Ruinas de Yucatán. Álbum fotográfico del siglo XIX*. (Mérida: CEPHCIS-UNAM, 2013).

<sup>19</sup> Para un recorrido amplio por el análisis de la obra de diversos viajeros y tipo de viajes ver: Carolina Depetris (ed.), *Viajeros por el mundo maya* (Mérida: CEPHCIS-UNAM, 2010. Serie Viajeros, colección Sextante, núm. 2); Mario Humberto Ruz y Eréndira Peniche García (coords.), *Del mar*

Ante el avance de la influencia de las reformas borbónicas en el siglo XIX, el crecimiento del número de viajeros formados en la Ilustración por la América Central fue evidente. Este incremento es no sólo marcador del cambio de perspectiva en las formas de mirar, sino también del ejercicio de cómo describir lo observado. De los al menos tres elementos que sirven para narrar el periplo en los siglos anteriores (XVII y XVIII) —la descripción de algunas costas seleccionadas, el rastreo cronológico del viaje que ya se ha llevado a cabo y el ejercicio de narrar dicho viaje (Fuentes Crispín 2013, 25)—, tenemos que migrar hacia una “Gramática de la visión” que profesionaliza el viaje y cómo se debe de dar cuenta de éste a partir de un ejercicio de distanciamiento. Para ellos, según Carolina Depetris, tres elementos se vuelven obligatorios: 1) en el diario se anota lo que se ve en orden cronológico, 2) la anotación de lo que se observa debe ser imparcial, y 3) la imparcialidad se sustenta en la retracción del sujeto frente al objeto dentro de la relación cognitiva (Depetris 2007, 23-33). En esta visión, lo cronológico de la narración adquiere preponderancia sobre la selección de los objetos descritos y la búsqueda de la imparcialidad se sobrepone a la intención narrativa de sólo dejar prueba del viaje, esto con el propósito de evidenciar que quien narra ahora es un sujeto que ha recibido una formación práctica que lo distancia del interés privado y el deseo, otorgándole con ello un sentido de objetividad a sus afirmaciones generales.

En cuanto a la cartografía que se elaboró durante el siglo XVIII hay que admitir que, junto a la disminución de las narraciones, se multiplicó el número de documentos geográficos los cuales se distribuyeron entre mapas, planos y cartas marinas. De entre ellos, el “Mapa del Ceno Honduras...”<sup>20</sup> de 1776, resulta el más ilustrativo trabajo al referir una visión panorámica del área liminal que comprendían la península de Yucatán y Honduras. Sin embargo, hasta la profesionalización del viaje de la mano de los viajeros científicos en la segunda mitad del siglo XIX, la información cartográfica se produjo, la gran mayoría de las veces, como elemento autónomo de las relaciones geográficas, aunque muy ligadas al discurso institucional, en especial al diplomático y al administrativo, dada su naturaleza militar.

---

y la tierra firme: miradas viajeras sobre los horizontes peninsulares (Mérida: CEPHCIS-UNAM y Universidad Autónoma de Campeche, 2011. Serie Viajeros, colección Sextante, núm. 3), y Carolina Depetris y Adrián Curiel (eds.), *Geografías literarias de América* (Mérida: CEPCHIS-UNAM, 2015. Serie Viajeros, colección Sextante, núm. 5).

<sup>20</sup> En este rubro, el trabajo de Michel Antochiw Kolpa ha sido decisivo para el periodo que comprende desde el siglo XVI al XIX. Ver: Michel Antochiw, *Catálogo cartográfico de Belice (1511-1589)* (México: Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines, 1992) e *Historia cartográfica de la península de Yucatán* (México: Gobierno del Estado de Campeche-Grupo Tribasa, 1994. Incluye Atlas, entre otras). Para los siglos XIX y XX ver: Miguel Pinkus Rendón y Arturo Taracena Arriola, *Cartografía histórica de la península de Yucatán 1821-1970...* (Mérida: CEPHCIS-UNAM, 2010. cd). Y el trabajo de Odile Hoffmann, *British Honduras; The Invention of a Colonial Territory. Mapping and Spatial Knowledge in the 19th Century* (México: IRD, 2014).



(AGI, MP-Guatemala, 223). Este mapa también se conoce como “Mapa del pescador”.

**Fig 1. “Mapa del Ceno [sic] de Honduras, Establecimientos de Ingleses, habitaciones de Indios Caribes en la Costa de Valis, navegacion de esta para Navios y Balandras con sus principales fondeaderos, abrigos, aguadas y escollos, estendida de orden de el Muy Ylustre Señor D. Martín de Mayorga, Presidente Gobernador y Capitan Gral. de este Reyno de Guatemala”**

Todos los mapas que Michel Antochiw reporta sobre Yucatán y Honduras para el siglo XVII (12 en total) son de manufactura extranjera, siendo los principales lugares de emisión Venecia, París, Londres y Ámsterdam, cunas del pensamiento cartográfico de la época (Antochiw y Breton 1992; Antochiw 1994). Por su parte, el mismo Antochiw, autoridad en el área, reporta para el siglo XVIII, un aumento sustancial en la documentación cartográfica sobre la zona, lo cual contrasta, como ya se apuntó líneas arriba, con la disminución de viajeros y descripciones sobre la misma zona, reforzando con ello el carácter militar de la fuente. En este sentido, de nuevo los mapas de manufactura extranjera signados en París, Ámsterdam y Londres tienen la primacía en el discurso geográfico, pero a estos se suman los de origen hispánico, en especial sobre el área relativa al corte de palo de tinte en el Walix, zona en la que se encuentra la actual frontera político-administrativa de México con Belice.

#### PROBLEMATIZANDO EL PAISAJE. ESPACIO Y VACÍO

La tentativa de descomponer en sus diversos elementos la magia del mundo físico, llena está de temeridad; porque el gran carácter de un paisaje, y de toda escena imponente de la naturaleza, depende de la simultaneidad de ideas y de sentimientos que agitan al observador.

Alexander Von Humboldt (Humboldt 1875, 9).

Cuando hablamos de espacio, paisaje y territorio en la América colonial, el viaje de domesticación e incorporación de los confines se alza como una necesidad urgente de las narrativas imperialistas. En esta lógica, el viajero traza su recorrido en forma circular al iniciar su periplo en el centro de su imaginario, llegar al límite de lo conocido y regresar al punto de origen sólo después de haber descubierto y conquistado lo desconocido. En su narración, dicho viajero establece un sinfín de capas figurativas de imágenes las cuales traducen el espacio y el paisaje en una serie de saberes prácticos de carácter científico, artístico, mercantilista o político, y en un catálogo de materias primas que se traducen a su vez en ganancias o saberes acumulados al momento de su retorno. Con cada narración que inaugura el viaje se da fe de una ruta conocida y se anexan nuevos paisajes al imaginario, así como productos y experiencias. De manera simultánea a este proceso, se establecen discursos y contra discursos de posesión que dialogan entre sí atravesados por la desobediencia y la resistencia de quienes habitan el territorio.

Por su parte, las historias de viajes son producto de la interrelación de las narraciones acerca del espacio que contiene materias primas, el narrador que ofrece nuevos saberes prácticos y el lector que activamente consume estos saberes para dinamizar su experiencia a partir de la experiencia de un otro formado. Todo esto es posible gracias a que el viaje en sí mismo permite el acopio de información sus-

tanciosa, suministra la pericia necesaria para verificar rumores y presenciar maravillas en los confines de lo conocido, así como otorga la posibilidad de poner en contraste las costumbres propias con las de otros (Greenblatt 2008, 257). En el viaje, el mismo hecho concreto es traído a escena una y otra vez, pero la forma de presentarlo, el soporte del discurso, así como la forma de entender el discurso mismo ya no son equivalentes, puesto que las intenciones del narrador ya no son las mismas que al momento de plantearse su elaboración. De esta manera, el viaje resulta el modo en el que se visibiliza la diferencia en la liminalidad. Para aquellos que habitan el territorio, el viajero es un elemento externo que los nombra, ajeno a la legalidad social interna del establecimiento, mientras que para el viajero/narrador, el viaje es un modo de acceder a lo diferente, de traducirlo en algo conocido (comprenderlo) y de presentarlo en términos reconocibles ante la comunidad de la que proviene. En este sentido, el viajero está constantemente en tránsito por el espacio de lo liminal, pues para él, éste no es un territorio propiamente dicho, sino una potencialidad para la posesión, es decir: para el viajero, el límite no es un lugar desde el que se enuncia algo, sino un lugar que es enunciado como un algo, de ahí la urgencia y necesidad de caracterizarlo y poseerlo a través de la descripción y narración del paisaje.

Al ser el espacio un concepto histórico y producido socialmente, comprenderlo es entender a quienes lo construyen y lo enuncian día a día, pero, al mismo tiempo, su completa abstracción implica reconocer los límites, físicos y mentales, dentro de los cuales es posible su existencia. El espacio, por tanto, no es una entidad que existe por sí misma, sino una dimensión que articula a otras bajo nociones objetivables del territorio (metáforas espaciales). En consecuencia, se trata de un elemento extralingüístico y “Cualquier cosa extralingüística que haya de experimentarse, conocerse y comprenderse debe ser previamente conceptualizada. [...] sin conceptos no hay experiencia y sin experiencia no hay conceptos” (Koselleck 2004, 30).

A partir de lo anterior es posible decir que el momento categorial por excelencia del concepto *espacio* estriba en la comprensión de la dimensionalidad, pues su categoría denota la condición de lo extenso, pero no es extenso en sí mismo (Coraggio 1977, 140). Como vimos en el apartado anterior, un cambio sustancial en la forma de narrar los viajes entre los siglos XVII y XVIII y el XIX es la variación de cómo se aborda el objeto de la descripción, la cual pasó de tener un carácter espacial, focalizado en el paisaje, a volverse un elemento temporal, que privilegia la precisión cronológica como un talismán de objetividad científica. Esto revela un cambio significativo en el ejercicio de la narración del viajero, ya que el tiempo como categoría sólo es aplicable para la esfera de lo real y físico, mientras que el espacio, gracias a que denota la condición de lo extenso, es una categoría aplicable tanto a lo real como a lo ideal. Por ende, no es de extrañar que las descripciones y narraciones producidas sobre la Costa Oriental de Yucatán y el territorio que hoy conocemos como Belice, enfocadas en la representación de lo espacial en un

primer momento, disminuyeran entre los siglos XVII y XVIII, al tiempo que la cartografía sobre la zona aumentaba, en especial en la segunda mitad del siglo XVIII; mientras que dichas descripciones y narraciones se incrementaron exponencialmente para el siglo XIX, el siglo de la precisión cronológica, haciendo que la cartografía, ubicada en el terreno de lo ideal geométrico, se subordinara al texto escrito, que fue el gran producto del nuevo hombre formado en lo científico.

El espacio como sustantivo de vacío es la noción más generalizada que existe del mismo en la vida cotidiana; aunque problemática y errónea hoy día, esta visión permite entender la lógica de concepción, producción y ocupación del territorio que permeaba el pensamiento colonial a lo largo de los siglos XVIII y XIX. A la hora de historiar la concepción del espacio, es decir, al momento de ponerlo en un plano sincrónico, es interesante ir a los orígenes de esta noción, el cual Hiernaux y Lindón ubican, en una segunda instancia, en los enfoques filosóficos idealistas de la noción de “espacio continente” en los que, según Leibnitz, “El espacio es un orden mental en el cual los cuerpos coexisten, y en consecuencia, cabe aquí la posibilidad de vacío, es decir, que el espacio viene a constituirse en un sistema de relaciones, que existe independientemente de los individuos” (Hiernaux y Lindón 1993, 93).

En la potencialidad de la historia de los conceptos que enarbolará Koselleck en el último tercio del siglo XX resulta productivo poner también en marco temporal la utilización del “término *vacío*”, el cual, comúnmente, es usado como adjetivo relacional del “sustantivo *espacio*”. Por tanto, hacer una historización del mismo, en la que podamos rastrearlo como ausencia, es decir, como un algo que establece una relación directa de carácter negativo con el objeto referido por el sustantivo, designándole otra identidad en la que ya no está presente, implica comprender que “espacio *vacío*” se instaura como antónimo directo de “espacio *continente*”, es decir, del espacio en donde se contienen y ubican las cosas. En este sentido, es posible decir que en el espacio *vacío* no existe un orden mental en donde los cuerpos puedan coexistir en relación con quien los nombra, pues su sola enunciación declara la ausencia del mismo y por tanto de su capacidad ordenadora que ya ha sido mediatisada por una óptica seleccionadora que “evita” conscientemente aquello que rompe con la continuidad en el ejercicio del control administrativo sobre el territorio.

Partiendo de lo anterior es posible decir que, para la época colonial, el espacio *vacío* representa un elemento extralingüístico que denota la existencia de un espacio carente de orden mental que, asimismo, adolece de la ausencia de un aparato administrativo de control que lo regule y ordene (Macías Zapata 2004, 11). Por tanto, en este momento histórico, hablar de *vacío* es hablar de espacio en un sentido relacional, pues éste es una entidad producida discursivamente, que denota ausencia, carencia de orden y acción; es decir, su enunciación declara la existencia de un algo inculto o deshabitado que tiene la “necesidad” de ser habitado, domesticado y ordenado por un poder hegemónico para poder declararse en su calidad soberana de “propiedad de”.

Como se señaló en líneas anteriores, historiar el espacio implica la necesidad de explicar la noción de espacio continente vigente durante la época colonial. Por ello es importante afirmar que:

Bajo la categoría de espacio receptáculo o continente, se están considerando aquellas conceptualizaciones que tratan al espacio como un mero soporte o sustrato sobre el cual se localizan elementos y relaciones; en otras palabras, como su nombre lo indica, el espacio contiene objetos. Bajo esta premisa sólo es posible plantear relaciones unidireccionales, con lo cual el espacio pierde la posibilidad de ejercer cualquier influencia sobre los elementos y relaciones que en él se manifiestan (Hiernaux y Lindón 1993, 90).

En las narrativas de expansión imperialista generadas durante la época colonial el espacio fue producido, al igual que el vacío, como algo estático, homogéneo, susceptible de ser dominado, modificado, apropiado, ordenado y, finalmente, incorporado a una sociedad mayor, basándose en una concepción tanto sustancial como relacional de su calidad de entidad desocupada.

Según Hartmann, el espacio puede calificarse en tres grandes tipos que funcionan a partir de una relación dialógica: el geométrico o ideal, el real y el de la intuición. El mismo autor comprende el espacio ideal a partir de algunos de sus momentos categoriales en los que destacan seis elementos: 1) es puramente un sistema de dimensiones extensivas; 2) es de carácter homogéneo, ya que sólo ofrece una diferenciación de lugares en relación con algún objeto que ya ocupa propiamente un lugar en el espacio; 3) es continuo y, por tanto, es susceptible de ser dividido en forma infinita; 4) es ilimitado, aunque ofrece una noción de límite que solo es aplicable “en” el espacio, pero nunca al espacio; 5) no otorga ningún patrón de medida, pero sí determina cual es el tipo de patrón que le es aplicable, y 6) es isométrico, es decir, sus dimensiones son homogéneas e intercambiables entre sí (Coraggio 1977, 141). Al ser la geometría un elemento importante para la concepción de la geografía, el espacio geométrico le es consustancial a la narración de viajes, al mapa y a la cartografía, rama de la geografía encargada de traducir el mundo físico “real” a un nuevo lenguaje gráfico que simplifica los rasgos esenciales del territorio en formas geométricas identificables que podemos alegorizar como metáforas espaciales. Dichas metáforas aparecen identificables en los textos de viaje a través de las descripciones paisajísticas y de las narraciones en las que se establecen nociones de distancia entre un punto y otro.<sup>21</sup>

Por su parte, Hartmann define al espacio real como: “el espacio de lo existente, la forma y la condición categorial del mundo exterior” (Hartmann en Contreras

<sup>21</sup> Un ejemplo de la relación de distancia que ofrece este tipo de espacio lo encontramos en el *Diario de Juan Bautista Gual de 1790* en el que se lee: “Martes 24. Continué subiendo a Roaring Creek con grandísimo trabajo de la tropa, la cual tenía que arrastrar, y casi con algún riesgo, las embarcaciones por los raudales y llegue al medio dfa al rancho de Mr. Catto que era cuatro millas de la boca de dicho estero” (AGS, Diario de bautista Gual, Folio 49).

Delgado 2002, 25-26). A diferencia del ideal o geográfico, este tipo de espacio no está dado por su carácter extensivo sino por sus relaciones, ya que es el espacio “en que se desenvuelven los sucesos reales físicos, en que transcurre también la vida humana, en la medida en que su curso es el natural de las cosas y está sujeto a condiciones naturales, tanto la vida individual cuanto la colectiva e histórica” (Hartmann en Coraggio 1977, 141). Aunque más en el mundo de lo material que el ideal o geométrico, este tipo de espacio tiene los mismos momentos categoriales que el primero, pero ofrece dos características que no le son atribuibles al lenguaje geométrico, ofrece singularidad y tridimensionalidad a los lugares, puesto que en él ocurren fenómenos y se dan relaciones. Por tanto, el espacio real no es el espacio de la existencia natural del sujeto, sino el de la historia efectual, que es naturalizada en el mundo exterior. Cabe aclarar que es en el puente construido entre el espacio geométrico y el real que se instaura la diferencia básica en el lenguaje que separa lo condicionado del espacio de la condición de su espacialidad, es decir, es ahí donde se establece la diferencia entre “de” y “en” el espacio, entre “ser de ahí” o “estar ahí”, lo que es pieza fundamental para entender una narración como la que establecieron los viajeros durante los siglos que nos competen.

Por último, siguiendo la lógica de Hartmann se habla del espacio de la intuición, el cual se encuentra mediado por la conciencia, la cual está orientada hacia el mundo (Contreras Delgado 2002, 27-28). Esta orientación al mundo dada en la intuición es lo que permite entender la variación del signo que se da en la comprensión, en él, se va en línea directa del espacio de la percepción geométrica al de lo real. Cabe aclarar que Hartmann propone una interpretación inversa de la que aquí se expone en cuanto a la interpretación de la relación entre el espacio real y el espacio intuitivo. Sin embargo, partiendo de una revisión discursiva del proceso de producción del espacio, en especial en el sureste de la Nueva España, es posible sugerir que éste se mueve en sentido inverso al propuesto por Hartmann, pues primero se intuye, luego se narra y finalmente se ajusta a lo real. Como podemos derivar de lo anterior, dentro del espacio de la intuición, las metáforas espaciales que evocan nuestros viajeros o que se reflejan en la cartográfica no están dadas de manera natural, no existen en él, pero la fiscalidad de las mismas sí está dada en las imágenes que se narran, por lo tanto, lo imaginado desencadena la posibilidad de existencia de la espacialidad en la medida que podemos hablar de ella como una dimensión del espacio en donde lo imaginado se concibe como extenso.

En un análisis más profundo del término *espacio*, encontramos que éste se perfila como la materia prima del territorio siendo el lugar de encuentro e interacción del hombre con la naturaleza. Aquí, los aspectos físicos del mismo son denominados espacialidad dentro de los estudios de la geografía humana, por tanto, durante los siglos que nos competen, al referir su espacialidad los viajeros aludían a una visión filosófica empirista, ya no idealista, del espacio *continente* en

el que está presente la idea de algo que envuelve. En esta visión filosófica, propia del siglo XIX; el espacio se concibe “como una realidad preexistente donde vienen a inscribirse los procesos del mundo material” (Palacios 1983, 57) y donde es posible hablar de territorio en tanto que éste ha sido incorporado a un todo mayor o ha sido adaptado por el hombre que ahora lo posee como objeto.

En el discurso, durante los siglos XVIII y XIX, el espacio adquirió valor como territorio a partir del mito de unidad<sup>22</sup> que le confería un poder hegemónico que lo consideraba o no parte de sus posiciones *de facto*, es decir, adquiría valor como región en cuanto que tuviera finalidad económica dentro del proyecto instrumental de explotación que era concebido previamente para dicho espacio. En este sentido, el no reconocimiento del verdadero potencial económico de la zona también generó configuraciones regionales que se basaron en su liminalidad como instrumento para remarcar su autonomía territorial, la cual casi siempre se hizo a partir de nociones de empobrecimiento, carencia o ausencia.

Sobre el mito de unidad es interesante retomar la noción del mismo que acuña Anderson (unidad de gente y unidad de territorio) y analizarla según la concepción de los dos poderes hegemónicos que interesan principalmente a los territorios de Yucatán y Belice: España e Inglaterra. Para España, la condición de lo general en su administración designaba la situación de lo particular en sus territorios. Bajo esta condición es posible que el Estado colonial hiciera extensivo el dominio de su soberanía sobre aquellos territorios que no ocupaba *de facto*. Esta perspectiva excluía la posibilidad de que cualquier otro poder ajeno a la administración española adquiriera control legal sobre dicho territorio, aunque sus emisarios lo habitaran en lo cotidiano. Puesto que lo anterior era un postulado emergido desde el discurso y no desde los hechos concretos, su completa aplicación sólo se realizaba cabalmente en los acuerdos internacionales hechos en Europa, en donde el concepto de soberanía tenía una fuerza aglutinante incuestionable, pero no repercutía significativamente en el uso cotidiano del territorio a nivel local, el cual gozaba de una autonomía interna que le otorgaba su carácter liminal de espacio vacío en el que se visibiliza la ausencia de un aparato de control hegemónico bien configurado. Por otro lado, la interpretación del mito de unidad que Inglaterra sustentaba, junto con otras naciones no españolas, partía de una lógica discursiva inversa a la española. En ella, el dominio discursivo de la generalidad no se hace extensivo al dominio físico de lo particular. De este modo, todo aquel espacio que no presentaba una estructura de ocupación administrativa y territorial bien definida era factible de ser considerado *vacío*, es decir, como un escenario abierto a ser ocupado. Al no compartir ambos estados coloniales el mismo horizonte de comprensión de la liminalidad, inauguraron la lucha por la

<sup>22</sup> Comúnmente los territorios se entienden como uno de los marcadores básicos de la identidad colectiva. Su poder connotativo está dado a partir de las creencias y mitos políticos que aglutinan y homogenizan una comunidad, la cual se construye sobre la creencia de la unidad total de la gente que conforma dicha comunidad o sobre la “natural” cohesión del territorio (Anderson 1998, 5).

redistribución del espacio, en la cual Gran Bretaña y otras naciones encontraron la manera de tener acceso a un pedazo del testamento de Adán que les había sido negado en la repartición papal de finales del siglo xv y que se perfiló a detalle a partir de las Relaciones Geográficas de Indias.

En cuanto a los paisajes, una tendencia que fue progresivamente en aumento durante el siglo xix fue el de acompañar los textos de viajes con uno o varios mapas que ilustraran los derroteros señalados. Este ejercicio demostraba que narración y dibujo iban de la mano, dándole a la geografía un lugar subordinado como la ciencia que traducía el poder a trazos reconocibles. Es por ello que los paisajes desiertos o abandonados se dibujaron próximos a las fronteras o al menos a los espacios liminales en donde el poder tenía confusas formas de presencia. Estos desiertos y abandonados paisajes que simulaban barreras naturales tales como la selva, el mar o las grandes planicies abiertas, fueron imágenes recurrentes en las narraciones, al igual que la población indígena de carácter rebelde o inasible que se fundía hasta desaparecer en estos paisajes liminales, convertidos en apenas notas marginales que salpicaron la narración de los viajeros, aún la del gran Humboldt quien problematizó la cuestión indígena con más detalle. En este sentido, el vacío era el espacio de lo ajurídico, de lo salvaje que se espejeaba sobre un escenario desolado y peligroso.

#### CONSIDERACIONES FINALES

Desde que América fue “descubierta” las narraciones y descripciones de los agentes coloniales han sido las formas oficiales de transmisión del conocimiento. Estos actos narrativos que visibilizaron la condición humana y territorial de los pueblos recién descubiertos por Europa permitieron que dos mundos desconocidos se aproximaran, acortando con ello el horizonte de comprensión que mediaba entre ellos. El viaje, junto con el periplo que sugiere, constituyó con ello una forma de acortar ese horizonte de comprensión; de ahí que su estudio obligue necesariamente a reflexionar sobre la filosofía del ser y el conocer, así como el devenir histórico de las formas del conocimiento occidental y de sus agentes privilegiados: los viajeros.

La excepcionalidad del caso península de Yucatán-Belice dentro de la historiografía mexicana y el estudio de las ciencias sociales, se matiza fuertemente si ponemos en diálogo este complejo bloque regional con uno mayor que se extiende hacia el sur, es decir, si volteamos la mirada hacia el Caribe continental y comprendemos la compleja relación que existe con el istmo centroamericano desde la efímera implantación de la Audiencia de los Confines, en 1542. Sin embargo, a mi consideración, uno de los elementos más significativos que refuerzan esta excepcionalidad yucateca y beliceña hacia los centros de poder administrativo y hacia la construcción de las historias nacionales es su condición marginal dentro de la narración geográfica del territorio, constantemente

representado a partir de una retórica del vaciamiento o del vacío que favoreció en gran medida que los proyectos de colonización fracasasen o se bosquejaran como incompletos. La influencia del reformismo borbónico en este territorio liminal de la Nueva España, así como su influjo en la conformación de la figura de visitador en las zonas limítrofes o en disputa territorial aún es un tema pendiente en el estudio de la zona. Sin embargo, en un primer análisis cuantitativo de los personajes que recorrieron el área, podemos observar que —aun con la obligatoriedad que impuso la administración borbona a través de sus reales ordenanzas, en especial con la Real Ordenanza de Intendentes de 1786, y con el boom que sugería las empresas científicas y comerciales hacia los lugares con potencia de explotación de materias primas— el flujo de viajeros hacia la península de Yucatán y la Bahía de Honduras descendió abruptamente en el siglo XVIII. Sin embargo, en el siglo XIX, en especial durante su primera mitad, un nuevo escenario para la explotación se reabría en esta zona, multiplicando con ello las visitas que derivaron en narraciones y descripciones del espacio, el cual, nuevamente fue dibujado como un espacio vacío, ajurídico y un tanto salvaje, noción que se diluiría fuertemente durante el Porfiriato, para volver a aparecer casi en iguales condiciones narrativas en el Cardenismo, estableciendo con ello ciclos de colonizaciones fallidas que constantemente se sostuvieron sobre la idea de ausencia y sobre la concepción del territorio como un espacio vacío, empobrecido y abandonado que regresaba al uso de imágenes y retóricas de pauperización que se construyeron y socializaron con gran éxito durante los siglos XVII y XVIII, las cuales —a su vez— recuperaban imágenes emigradas de las relaciones histórico-geográficas de la Gobernación de Yucatán constituidas en el siglo XVI.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, Malcon. 1998. "European Frontiers at the End of the Twentieth Century. An Introduction". En *The Frontiers of Europe*, edición de Malcon Anderson y Eberhard Bort, 1-10. Washington: Pinter.
- ANTOCHIW, Michel. 1994. *Historia cartográfica de la península de Yucatán*. Campeche: Gobierno del Estado de Campeche, Grupo Tribasa.
- ANTOCHIW, Michel y Alain Breton. 1992. *Catálogo Cartográfico de Belice (1511-1880)*. Bilingüe. México: Bureau Regional de Cooperation en Amerique Central, Centre D'Études Mexicaines et Centramericaines.
- CAREAGA VILIESID, Lorena. 2016. *Invasores, exploradores y viajeros: la vida cotidiana en Yucatán desde la óptica del otro, 1834-1906*, vol. 1. Mérida: SEDECULTA.
- CERVERA MOLINA, Ana Elvira. 2015. "Todo es cuestión de enfoque: de piratas a settlers. La construcción simbólica de la península de Yucatán como una isla continental. Una aproximación a la creación del discurso histórico". En *Interrogando los límites del texto. Ensayos de crítica literaria*, edición de Margaret Shrimpton Masson y Óscar Ortega, 21-38. Mérida: UADY.
- CONTRERAS DELGADO, Camilo. 2002. *Espacio y sociedad. Reconstrucción espacial de un antiguo enclave minero*. México: El Colegio de la Frontera Norte, Plaza y Valdez Editores.
- COOK, Lieutenant. 1769. *Remarks on a Passage from the River Balise, in the Bay of Honduras, to Mérida: The Capital of the Province of Jucatan in the Spanish West Indies*. Facsímil. Londres: Hass, Muriel.
- CORAGGIO, José Luis. 1977. "Posibilidades y dificultades de un análisis espacial contestario". *Demografía y Economía* 11 (2): 135-54.
- DAMPIER, William. 2004. *Dos viajes a Campeche, con el facsimilar de la edición inglesa de 1705*. Segunda edición. México: Miguel Ángel Porrúa Editores.
- DEPETRIS, Carolina. 2007. *La escritura de los viajes. Del diario cartográfico a la literatura*. Mérida: CEPHCIS-UNAM. Serie Viajeros, Colección Sextante, 1.
- FUENTES CRISPÍN, Nara. 2013. *Periplos ilustrados, piratas y ladrones en el Caribe colonial*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá.
- GADAMER, Hans-Georg. 1992. *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, tomo 1. Salamanca: Sígueme.
- GREENBLATT, Stephen. 2008. *Maravillosas posesiones. El asombro ante el Nuevo Mundo*. España: Marbot Ediciones.
- HIERNAUX, Daniel y Alicia Lindón. 1993. "El concepto de espacio y el análisis regional". *Revista Secuencia* 25 (enero-abril): 89-110. Instituto Mora.
- HUMBOLDT, Alejandro de. 1875. *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*, tomo 1. Edición de Eduardo Perié. Bélgica: Biblioteca Hispano-Sur-Americana.

- ITURRIAGA, José N. 2013. *Viajeros extranjeros en el estado de Yucatán. Siglos XVI-XXI.* México: Gobierno del Estado de Yucatán, CONACULTA, SEDECULTA.
- KOPYTOFF, Igor. 1987. *The African Frontier. The Reproduction of Traditional African Societies.* Indiana: Indiana University Press.
- KOSELLECK, Reinhart. 2004. "Historia de los conceptos y conceptos de historia". *Ayer* 53 (1): 27-45.
- MACÍAS ZAPATA, Gabriel Aarón. 2004. *El vacío imaginario. Geopolítica de la ocupación territorial en el Caribe oriental mexicano.* México: CIESAS.
- PALACIOS, Juan José. 1983. "El concepto de región: la dimensión espacial de los procesos sociales". *Revista Interamericana de Planificación* XVII (66): 56-68.
- SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de. 2002. *Infortunios de Alonso Ramírez.* México: Planeta.
- TURNER, Frederick. 1987. "El significado de la frontera en la historia americana". *Secuencia* 7:187-207.
- ZAVALA VALLADO, Silvio, Juan Duch Colell, Michel Antochiw Kolpa y Fernando Espejo Méndez. 1998. "O'Neill y O'Kelly, Arturo". *Yucatán en el tiempo.* Inversiones Cares, S.A. de C.V.
- VÁZQUEZ, Josefina Zoraida. 1992. "El siglo XVIII mexicano: de la modernización al descontento". En *Interpretaciones del siglo XVIII mexicano. El impacto de las reformas borbónicas,* editado por Josefina Zoraida Vázquez, 9-26. México: Nueva Imagen.
- Vos, Jan de. 2002. "La frontera sur y sus fronteras, una visión histórica". En *Identidades, migraciones y género en la frontera sur de México,* editado por Edith F. Kauffer Michel, 49-67. Chiapas: El Colegio de la Frontera Sur.